

MIS SECRETOS PARA GANAR
UNA FORTUNA EN WALL STREET

JORDAN BELFORT

VUELVE
EL LOBO DE
WALL STREET

EL LOBO
DE LA
INVERSIÓN

TRADUCCIÓN DE DIEGO
SÁNCHEZ DE LA CRUZ

DEUSTO

El lobo de la inversión

Mis secretos para ganar una fortuna
en Wall Street

JORDAN BELFORT

Traducción de Diego Sánchez de la Cruz



EDICIONES DEUSTO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Wolf of Investing*

© Future Gen LLC, 2023. Todos los derechos reservados.
Publicado por acuerdo con el editor original, Gallery Books,
una división de Simon & Schuster, Inc.

© de la traducción: Diego Sánchez de la Cruz, 2024

© Centro de Libros PAPP, SLU., 2024
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: mayo de 2024
Depósito legal: B. 6.121-2024
ISBN: 978-84-234-3723-8
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España



Sumario

1. La historia de Fernando y Gordita	11
2. Vender o no vender, ésa es la cuestión.....	31
3. La gran máquina de burbujas estadounidense.....	73
4. Una breve historia de Wall Street.....	83
5. El viejo Joe Kennedy y el salvaje mundo de las ventas en corto	117
6. Un poderoso puñetazo doble.....	141
7. La verdad sobre el crac..., y otras cosas importantes.....	179
8. El Oráculo de Omaha vs. Wall Street.....	213
9. Poniendo a prueba el mejor truco de inversión del mundo ..	235
10. La Trifecta Dorada	249
11. Fernando y Gordita contraatacan	277
12. Aprende a reconocer a los cabrones de Wall Street.....	325
Agradecimientos	355

La historia de Fernando y Gordita

«¡Increíble! —pensé—. Mi cuñado Fernando tiene el toque Midas..., pero ¡al revés! Cada inversión que toca, cada acción, cada título, cada moneda, cada token, cada maldito NFT..., ¡todos resultan ser una absoluta mierda!»

Eran poco más de las nueve de la noche. Yo estaba sentado en el comedor del elegante apartamento de Fernando en Buenos Aires, revisando sus extractos bancarios y sus operaciones de corretaje, y ésa fue la triste impresión que vino a mi cerebro. Dicho con pocas palabras, aquella cartera era un auténtico desastre.

A raíz de una serie de malas operaciones y de inversiones poco oportunas, Fernando había perdido el 97 por ciento de su capital en los dos últimos meses, dejando el saldo de su cuenta corriente en unos miserables 3.000 dólares. El resto de su dinero, poco más de 97.000 dólares, se había desvanecido en el aire, como un pedo en el viento.

Peor aún, las pérdidas se produjeron durante una época de relativa paz y estabilidad en los mercados de acciones y criptomonedas, que eran precisamente los dos campos donde se habían concentrado sus decisiones de inversión. Así que las implicaciones de todo esto eran innegables y obvias.

Mi cuñado no tenía a nadie a quien culpar más que a sí mismo.

Después de todo, si los mercados en los que Fernando había invertido se hubieran derrumbado, o si al menos hubieran bajado sustancialmente justo después de haber invertido en ellos, sus pérdidas podrían haber resultado más fáciles de explicar y de entender. De hecho, hay un viejo dicho popular en Wall Street que recuerda que «cuando sube la marea, todos los barcos se elevan». Dicho con otras palabras: cuando el mercado de valores está subiendo, el precio de cualquier acción cotizada tenderá a subir y, de igual manera, cuando el mercado de valores está bajando, el coste de cualquier título tenderá a caer. Por supuesto, esto ocurre en todo tipo de mercados. Lo vemos en el mercado de bonos, el mercado de materias primas, el mercado de criptomonedas, el mercado inmobiliario, el mercado del arte o el mercado de seguros, por nombrar algunos.

La conclusión es que, cuando un mercado en particular está experimentando una fuerte corriente alcista, casi podría decirse que puedes elegir un título tirando un dardo y lo más probable es que acabes ganando dinero. No hace falta un talento innato y genial ni es preciso contar con un agudo sexto sentido para estos temas. Tampoco se requiere una formación especializada. El mercado hace el 99 por ciento del trabajo por ti.

Es una premisa simple, ¿verdad?

El único problema es que, por sencillo que parezca todo esto en tiempos normales, las cosas se complican mucho más cuando estamos ante un mercado alcista más prolongado y dilatado en el tiempo. Son momentos de exuberancia irracional: el mercado está en auge, los chats echan humo, los expertos te bombardean y Twitter (ahora X) plantea que la fiesta no parece tener final. Y es entonces cuando la naturaleza humana se afianza y asume esa forma de pensar.

De repente, inversores aficionados que saben tanto de acciones ordinarias como de ganado empiezan a creer que son expertos y se dedican a comprar y vender a un ritmo feroz. Animados por la creencia inquebrantable de que su nuevo y repentino éxito es el resultado de su brillantez y su capacidad innata, su confianza se fortalece cada día que pasa. Sus estrategias de inversión son, casi en su totalidad, de corto plazo.

Cuando apuestan bien, obtienen rápidamente ganancias que actúan como una buena dosis de dopamina a la hora de reforzar su comportamiento. (El hecho de que las acciones sigan cotizando al alza tras la venta no les importa. «Una ganancia es una ganancia», se dicen. «¡Nadie ha quebrado ganando dinero!», se confían.) En cambio, cuando apuestan mal, simplemente promedian a la baja —«comprar la caída», como dice la frase— y dejan que la marea creciente los saque de apuros. ¿Por qué deberían hacer otra cosa? ¡Eso es lo que la mafia tuitera les dice que hagan! Además, siempre les ha funcionado en el pasado, ¿no? ¡El mercado siempre vuelve!

Mmm... No exactamente.

En realidad, los mercados suben y caen, y cuando simplemente se desploman (caso del estallido de la burbuja de las puntocom en 1999 o del pinchazo de la burbuja inmobiliaria en 2008), lo cierto es que los precios de las acciones se mueven mucho más rápida y violentamente que cuando el mercado está subiendo. Pregúntale a cualquier inversor profesional que tenga más de unos pocos años de experiencia y, sin duda, te dirá exactamente esto mismo.

Pero, de momento, volvamos a la historia de Fernando, que ciertamente no podía culpar al mercado del maltrecho estado de su cartera de inversiones —al menos no a primera vista.

Repasemos los detalles...

Durante el período de sesenta días en el que se produjeron las pérdidas (del 8 de febrero al 8 de abril de 2022), los dos mercados en los que Fernando había invertido se habían mantenido básicamente planos, lo que en el lenguaje de Wall Street significa que no habían subido ni bajado de manera significativa.

Más específicamente, el S&P 500, un índice selectivo que sirve como punto de referencia para la bolsa estadounidense en general, cotizaba a 4.521,54 dólares el 8 de febrero y alcanzaba los 4.488,28 dólares el 8 de abril, lo que se traduce en una modesta caída de apenas el 0,7 por ciento. Por otro lado, el bitcoin, la criptomoneda más popular de dicho segmento del mercado, se cambiaba por 44.340 dólares el 8 de febrero y por 42.715 dólares el 8 de abril, lo que también se traduciría en una disminución

modesta de apenas un 3,7 por ciento. De modo que hablamos de correcciones muy moderadas si se comparan con la pérdida del 97 por ciento que había sufrido Fernando.

Sin embargo, para ser justo con mi cuñado, he de decir que en este análisis únicamente estoy comparando el día 1 y el día 60 de todo el período, lo que puede resultar engañoso. Si Fernando se hubiera apegado a la estrategia de *buy and hold*, o comprar y mantener (es decir, si hubiese mantenido cada una de sus compras hasta al menos el día 60), entonces habría bastado con hacer el cálculo anterior para entender la historia por completo.

Sin embargo, es evidente que ése no fue el caso.

De un vistazo rápido, me topé con docenas de órdenes de venta en los extractos bancarios, lejos de lo que implica una estrategia de comprar y mantener, que implica mantener la posición inversora durante un período más prolongado de tiempo, con independencia de las fluctuaciones de precios. Así pues, se trata de un esfuerzo por capitalizar el potencial de crecimiento a largo plazo que tiene una inversión bien elegida.

Por tanto, para tener una foto más completa y precisa de lo que realmente ocurrió, no se pueden mirar sólo los días 1 y 60, sino que también hay que estudiar lo que pasó en medio. Después de todo, el mercado de criptomonedas es mucho más volátil que la bolsa estadounidense (si bien el selectivo también tiene sus momentos complicados, especialmente en tiempos de gran miedo e incertidumbre o ante la irrupción de un cisne negro).¹ Por lo tanto, dependiendo de lo agresivo que hubiese sido Fernando en sus operaciones, las pérdidas podrían haberse derivado de las severas oscilaciones diarias que se pueden llegar a dar en el precio de cambio de la criptomoneda.

Dicho con otras palabras, en lugar de seguir el antiguo axioma comercial que anima a «comprar barato y vender caro», em-

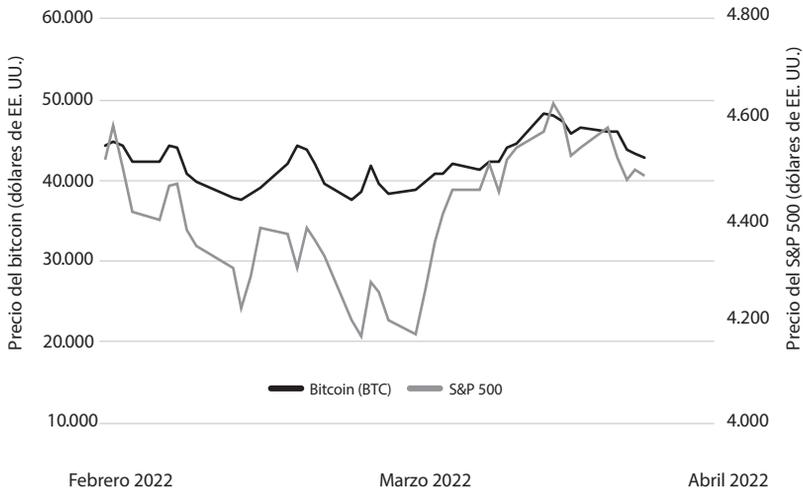
1. Como cisne negro se alude a un evento raro e inesperado que tiene un impacto devastador en el mercado de valores y la economía. Como no pueden anticiparse, los cisnes negros nos cogen a todos por sorpresa, de modo que hacen mella en los bancos, los inversores, los políticos, los medios de comunicación...

pecé a considerar que lo que podía haber pasado era que mi cuñado había estado «comprando caro y vendiendo barato», incurriendo en este error una y otra vez hasta ver que casi todo su dinero se había esfumado.

Así pues, con todo eso en mente, vale la pena echar otro vistazo a los índices de referencia que analizamos antes, pero esta vez lo haremos tomando en consideración la volatilidad diaria. ¿Quizá es eso lo que explica las pérdidas tan fuertes que sufrió Fernando en un momento que, en teoría, fue de relativa estabilidad en los mercados?

Veamos. A continuación se muestra una representación visual de la volatilidad diaria de los dos índices de referencia que hemos empleado, cubriendo el período que va desde el 8 de febrero hasta el 8 de abril de 2022.

**Gráfico 1.1. Precio diario, a cierre de mercado
(8/2/2022 a 8/4/2022)**



Según el gráfico 1.1, Bitcoin alcanzó un mínimo de 37.023 dólares el 16 de marzo y un máximo de 47.078 el 30 de marzo, lo que supone una variación del 21 por ciento entre el pico y el valle observados a lo largo del período de 60 días en el que Fernando

sufrió sus pérdidas. En cuanto al S&P, que por lo general es mucho menos volátil, tuvo un mínimo de 4.170 dólares el 8 de marzo y un máximo de 4.631 el 30 de marzo, lo que representa una variación negativa del 9 por ciento entre el máximo y el mínimo.

Entonces, dados estos nuevos datos, ya podía hacerme la pregunta de los 97.000 dólares.

Considerada la volatilidad diaria, y a pesar de que el mercado había estado aparentemente estable a lo largo del período analizado, ¿acaso podía decirse que Fernando había sido una víctima inocente de un mercado que, en ciertas fases del ciclo estable, experimentó un rápido descenso en el que se hundieron muchas carteras, incluida la suya? Ésta era una posibilidad sugerente. Pero, intuitivamente, pensé que no podía ser ese caso.

Para que la anterior hipótesis fuera cierta, Fernando tendría que haberse jugado toda su cartera en cada una de sus operaciones y, además, debería haber invertido siempre en el peor momento posible. Sería el equivalente a equivocarse continuamente, cual Napoleón invadiendo Rusia en pleno invierno.

Con todo, seguí examinando los extractos bancarios de inversiones en busca de pistas y acabé sintiéndome como un detective de homicidios que recorre la escena de un crimen. La única diferencia estaba en que, en vez de atravesar un mar de sangre y entrañas, lo que yo estaba surcando era un océano de números rojos y desesperación.

De hecho, en los siete primeros días del período analizado, hubo un puñado de operaciones en las que Fernando ganó dinero. Compró Bitcoin a 41.000 dólares y lo vendió cuatro días después a 45.000. También compró Ethereum, otra casa de criptomonedas, a 2.900 dólares, para liquidar dicha posición una semana después con un valor de 3.350 dólares. Asimismo, compró acciones y opciones de Tesla y las vendió unos días más tarde con un beneficio combinado de más de 20.000 dólares.

Salvando esas ganancias, lo cierto es que casi todo lo que tocó mi cuñado se había convertido casi inmediatamente en mierda. Peor aún, su actividad inversora se había intensificado día tras día, hasta el punto de que, al final de la tercera semana, casi

parecía reflejar la operativa de un *trader* dedicado a tiempo completo a estas operaciones.²

Como suele ocurrir, el éxito inicial cosechado por Fernando había aumentado su confianza, animándolo a hacer apuestas cada vez más grandes y a operar con mayor frecuencia. Y así, sin más, fue como se produjo el baño de sangre.

A mediados de la segunda semana, ya no había ganancias a la vista.

Lo único que quedaba eran pérdidas en una y otra operación, pérdidas que además iban en aumento conforme pasaba el tiempo.

Al comienzo de la tercera semana, su toque de Midas invertido estaba desplegando toda su magia y su maldad. La suerte ya estaba echada. Su capital cayó por debajo de los 50.000 dólares y su desesperación se tradujo en apuestas descomunales, con la compra de todo tipo de acciones especulativas, desde acciones sin apenas valor (denominadas *penny stocks*) a criptomonedas sin valor alguno (conocidas en el mundillo como *shitcoins*).

Al llegar la sexta semana, todo había llegado a su fin. Mi cuñado no había realizado una sola operación ganadora en un mes, y el saldo de su cuenta era inferior a 10.000 dólares e iba camino de los 3.000, en los cuales terminó.

¿Cómo puede una persona estar equivocada de forma tan sistemática? No paraba de hacerme esa pregunta.

Y la verdad es que era una buena pregunta, especialmente teniendo en cuenta qué tipo de persona es Fernando. Cuando pienso en él, lo cierto es que desprende una imagen de persona de éxito y empoderamiento financiero. Tiene poco más de cuarenta años y es ciertamente un hombre brillante, trabajador, con

2. Un *trader* dedicado a diario a comprar y vender acciones formaliza un muy amplio volumen de operaciones con el objetivo de capitalizar los vaivenes diarios que puedan experimentar los precios del mercado. Por lo general, todas las posiciones abiertas a lo largo de la jornada se venden a cierre de mercado para evitar el riesgo de que la siguiente jornada se pueda inaugurar con pérdidas debido a algún evento adverso.

educación universitaria, bien conectado socialmente, un emprendedor exitoso y, además, una persona elegante a la hora de vestir. Su negocio se centra en la fabricación de metales, y posee una gran planta manufacturera a las afueras de Buenos Aires.

Recién casado, reside con su joven esposa, Gordita, y su estrafalariamente guapo hijo de dos años, Vittorio, en un apartamento de tres dormitorios que está impecablemente decorado y ocupa todo el piso 33 de una torre de cristal que se eleva hasta 46 alturas sobre uno de los barrios más elegantes y seguros de la capital argentina.

Aquella noche, Gordita estaba sentada a mi izquierda, vestida con una blusa sin mangas de lino blanco y con una expresión de manifiesta preocupación. ¡Pobre Gordita! No podía entender la maltrecha cartera de inversiones de su marido. Me sentí realmente triste por ella. Sin embargo, incluso entonces, en aquel momento tan tenso, me resultaba difícil mirarla a los ojos, llamarla por su nombre y evitar la risa. Después de todo, aunque se llame Gordita, lo cierto es que mide 1,55, pesa menos de 50 kilos, es rubia y su aspecto es el de una mujer absolutamente hermosa.

Para mí sigue siendo un misterio por qué todo el mundo la llama Gordita, aunque me han dicho que los argentinos usan el término con cariño —salvo cuando hablamos de alguien que sí esté «gordito», en cuyo caso se buscan otros apelativos—. Desconcertado, me pregunté si quizá acostumbraba a participar en esos concursos de engullir perritos calientes. En fin...

Sea cual sea el caso, el hecho es que mi cuñada es básicamente una contradicción andante. Gordita no es su nombre real, sino Ornella, pero nadie la llama así, puesto que todos han incorporado ese apodo totalmente carente de sentido. La hermana mayor de Gordita, Cristina, es mi cuarta esposa (pero, en fin, ¿quién lleva la cuenta de esas cosas?), y guarda un extraño parecido con ella.

En aquel momento preciso, Gordita estaba inclinada hacia delante en su asiento. Estaba consternada. Tenía la cabeza entre las manos, los codos sobre la mesa y el torso encorvado en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Movía lentamente la cabeza hacia delante y hacia atrás, como preguntándose «¿cuándo diablos termina esta pesadilla?».

Tenía sentido que se hiciese esa pregunta.

Al fin y al cabo, Gordita solamente había estado involucrada de manera marginal en las actividades inversoras de Fernando, y sus aportaciones a la causa siempre llegaron *a posteriori* como mera expresión de la orientación que brinda una esposa a su cónyuge. Evidentemente, puesto que las cosas iban como iban, la orientación era la que cabe esperar cuando alguien está dejando a cero una cuenta de inversión. Hablo de orientaciones del tipo: «¿Qué diablos te pasa, Fernando? ¿Has perdido la maldita cabeza? ¿Por qué no te ciñes a lo que sabes, cierras la maldita cuenta de Robinhood y vuelves a tu estúpida fábrica de metal? ¡Al menos así no acabaremos viviendo en la calle!».

Para complicarle aún más las cosas a Fernando, Gordita es como uno de esos asistentes fantásticos que son muy organizados y prestan mucha atención a los detalles. Es capaz de memorizar las fechas de vencimiento del permiso de conducir o los números de pasaporte de cada miembro de la familia, incluyendo a Cristina y a mí mismo. Dicho de otro modo: de tonta no tiene ni un pelo.

Esa noche, sin embargo, las cosas cambiaron.

Era uno de esos raros casos en los que Gordita confiaba la tarea a su hermana Cristina en busca de su apoyo como intérprete. Mi mujer se sentó a mi derecha, frente a Fernando y Gordita. Sin embargo, había un gran obstáculo para sacar adelante la tarea de interpretación que requería la noche: a saber, lo ridículamente rápido que habla Gordita. De hecho, cuando abre la boca es como si alguien disparase con una ametralladora Gatling de fabricación española, aunque cargada con palabras, y no con balas. Y así habla cuando está tranquila, porque en aquel momento pude ver que la cosa era aún peor cuando estaba enfadada.

—¡No entiendo! —espetó Gordita—. ¿Cómo ha perdido nuestro dinero tan rápido? ¡Es una locura! ¡La bolsa ni siquiera ha bajado! Lo he vuelto a comprobar esta mañana... ¡Mira! —Gordita señaló la pantalla de su iPhone, donde estaba visualizando una aplicación en la que se podía consultar la evolución del mercado de valores—. Lo tengo aquí. ¡Mira! De hecho, la cotización está más alta hoy que cuando él empezó a invertir. ¡Y ahora

ya no nos queda nada! ¿Como es posible? ¡No puede ser! ¡Esto no debería pasar!

A pesar de tener un dominio razonable del español, apenas pude comprender las primeras palabras de Gordita y sus continuos «no entiendo». Todo lo demás pasó a mi lado como una ráfaga de viento. Me volví hacia Cristina. Levanté las palmas de las manos y las cejas, como diciendo: «¿Ves lo que quiero decir? ¡Nadie entiende a tu hermana! Es ridículo...». Cristina se encogió de hombros.

—Es que está frustrada —me transmitió.

—Sí, eso sí lo he entendido. He escuchado que decía que es imposible... —Me volví hacia Gordita y le dije lentamente en inglés—: Gordita, ¿tú... has pronunciado... la palabra... *impossible*?

—Sí, imposible —respondió ella, en un inglés con mucho acento—. Pero Fernando ha hecho posible lo imposible...

Mi cuñado estaba sentado a la izquierda de Gordita, mirando un conjunto de extractos bancarios duplicados y sacudiendo la cabeza lentamente. Vestía un polo impecable y se le podía adivinar un atisbo de sonrisa irónica, como diciendo: «Sí, definitivamente, la cagué, pero sigo siendo rico, así que no es el fin del mundo, ¿no es cierto?». Era el tipo de sonrisa que todo marido intenta desesperadamente reprimir en una situación así, porque sabe que eso solamente hace que su esposa se enfade más y pregunte: «¿Por qué diablos estás tan contento? ¿Sabes cuántos bolsos de Chanel podría haberme comprado con el dinero que has perdido?».

Volví a mirar a Cristina:

—¿Qué más ha dicho?

—Ella no entiende cómo perdieron su dinero tan rápido. No le ve sentido alguno. Descargó una aplicación en su teléfono que dice que deberían haber ganado dinero, no perderlo, porque el mercado de valores ha evolucionado al alza. Ella no ve cómo esto puede ser posible. —Luego se volvió hacia Fernando y Gordita y les repitió en español lo que me acababa de decir.

—¡Exacto! —exclamó Gordita—. ¡Esto no tiene sentido!

—¿Qué no tiene sentido? —le espetó Fernando—. ¡Muchas personas pierden dinero en bolsa! Y ahora yo soy una de ellas. ¡Esto no es el fin del mundo!

Lentamente, sin mover el torso ni un solo centímetro, Gordita giró la cabeza hacia Fernando y le clavó una mirada gélida. No hizo falta decir más palabras.

—¿Qué? ¿Qué dije de malo? —respondió inocentemente Fernando. A renglón seguido, me miró y añadió, con su mejor inglés—: ¡No estoy equivocado! Todo el mundo pierde dinero en la bolsa, ¿no? No me refiero a ti. Hablo de gente normal. ¿Entiendes?

—Sí —respondí—. Entiendo perfectamente. Cuando hablan de gente normal no suelen hablar de mí, así que estás en lo cierto.

—No quiso decir eso —añadió mi esposa haciendo de intérprete—. Fernando te tiene mucho cariño.

—Ya lo sé —respondí cálidamente—. Solamente estoy bromeando. De todos modos, interpreta mientras avanzo, ¿vale? Es demasiado complicado parar y volver a empezar como estamos haciendo...

—¡Está bien! —replicó Cristina—. Dispara, estoy lista.

Entonces, respiré hondo y procedí a dar mi respuesta:

—Veamos..., lo que dices es verdad, Fernando. La mayoría de la gente pierde dinero en el mercado y muchos terminan sin blanca, como te ha pasado a ti. Pero, y éste es un pero muy importante, no todo el mundo pierde dinero en el mercado. Hay mucha gente que gana dinero en el mercado..., y no hablo sólo de profesionales, también me refiero a inversores aficionados. Eso sí, por descontado, lo que tengo claro es que esas personas no invierten como lo has hecho tú, actuando como un *banshee* salvaje.

—¿Un qué? —preguntó mi intérprete interrumpiéndome.

—Un *banshee* salvaje.

—¿Qué es un *banshee* salvaje?

—Es como... un indio salvaje. Ya sabes, gritando, chillando, disparando flechas. De todos modos, es solamente una expresión. Mi cuestión es que es literalmente imposible que un inversor aficionado pueda ganar dinero en el mercado si está entrando y saliendo todo el rato. Con el tiempo, acaba aniquilado. Es solamente cuestión de tiempo. Y eso se aplica tanto al mercado de valores como al de criptomonedas, aunque las consecuencias

serán peores en el segundo de estos ámbitos, porque el coste de operar es mayor y las estafas también son más frecuentes. Entonces, a menos que uno sepa exactamente lo que está haciendo en ese mundo, tarde o temprano terminará pisando una mina y saltando por los aires. Ésa es una certeza matemática.

Hice una pausa por un momento, Cristina asintió y siguió interpretando al español.

Mientras tanto, me dediqué a hojear de nuevo los extractos bancarios en busca de más pistas. Todavía sentía que faltaba algo, algo que aún permanecía oculto a plena vista, pero que explicaría mejor cómo Fernando logró perder casi toda su inversión durante un período de apenas 60 días en el que las condiciones del mercado fueron relativamente estables.

Por supuesto, la explicación más obvia era la que ya se me había ocurrido: que Fernando era un inversor novato cuyo éxito temprano había encendido las llamas de su avaricia, ante cuyo resplandor abandonó su proceso habitual de toma de decisiones, sólido y somero, que de repente se le antojó pintoresco y anticuado en comparación con las enormes sumas de dinero que podía ganar con una mentalidad inversora más agresiva.

Pero ¿había algo más que se me estuviese escapando, tal vez una prueba irrefutable de lo que cada vez me resultaba más evidente?

En ese momento, Cristina me miró y dijo:

—Ellos entienden todo lo ocurrido y quieren empezar de nuevo, esta vez de la manera correcta. Quieren saber qué crees que deberían comprar. ¿Deberían invertir en acciones? ¿Quizá en criptomonedas? —Después añadió—: Gordita quiere recomendaciones específicas.

—Bueno, para responder a su primera pregunta, a su edad, definitivamente deberían invertir la gran mayoría de su dinero en el mercado de valores, porque ahí es donde, a largo plazo, la gente obtiene históricamente los mejores rendimientos. Además, hay un truco sorprendente y casi infalible para operar con éxito en bolsa. Sin embargo, como habéis perdido la mayor parte de vuestro dinero en criptomonedas, comencemos por ahí, ya que creo que eso os ayudará a comprender qué es lo que salió mal.

Me volví hacia mi intérprete.

—En el mundo de las criptomonedas hay básicamente dos formas mediante las cuales los nuevos inversores, como vosotros, que apenas estáis comenzando, podríais ganar un montón de dinero sin correr grandes riesgos. La primera de ellas es simplemente comprar Bitcoin y mantenerlo en cartera. Y cuando digo «mantenerlo» me refiero a mantenerlo de verdad, independientemente de si el precio sube o baja a corto plazo. Debéis ignorar por completo todo eso, porque no es más que ruido de fondo, ¿vale? Quiero que compréis y atesoréis esa criptomoneda durante al menos cinco años, como mínimo absoluto, y si son siete años, aún mejor, y si llegáis a diez años, pues entonces mejor que mejor.

»Si simplemente hacéis eso, si seguís ese simple consejo, tenéis posibilidades de ganar dinero con las criptomonedas, especialmente cuando lleguéis a la marca de los cinco a los siete años, franja a partir de la cual aumentarán notablemente vuestras oportunidades de obtener grandes rentabilidades. Ojo a las palabras: no hablo de ganar dinero de forma garantizada, ése no es el caso, definitivamente, pero sí hablo de posibilidades u oportunidades reales de conseguir ganancias significativas si se sigue una buena estrategia, tanto en la compra de acciones como en la de criptomonedas.

»Si se trata de criptomonedas, creo que comprar y mantener Bitcoin a largo plazo es definitivamente la mejor opción. —Hice un gesto en dirección al iPhone de Gordita—. Dile a Gordita que tome nota.

—Entendido —respondió Cristina, antes de seguir interpretando.

—¡Y, sobre todo, dile que no haga transacciones a corto plazo! En eso os doy un rotundo «¡no!»». Lo que tiene que hacer es comprar y mantener.

Unos pocos segundos después, Gordita sacó su iPhone y empezó a escribir con ambos pulgares, a la velocidad de una liebre. Cuando terminó, me dedicó una sonrisa de agradecimiento y dijo:

—Gracias, Jordie. Continúa, por favor.

—Por supuesto —respondí y me volví hacia Cristina—. Aho-

ra, si hablamos de cuántos bitcoins deberíais comprar, quizá lo que tenemos que hacer es posponer esa discusión hasta que hayamos repasado las diferentes estrategias que os quiero mostrar, especialmente una en particular, pensada para el mercado de valores, que al fin y al cabo es donde debería estar invertido el grueso de vuestra cartera. Las criptomonedas, por otro lado, no deberían representar más que el 5 por ciento de vuestras inversiones. Recomiendo encarecidamente no dedicar más que dicho porcentaje a tal segmento del mercado.

»De todos modos, uno siempre puede decidir más adelante cuánto dinero debe invertir en total. Asimismo, más adelante podemos estudiar cuál es la mejor manera de dividir los fondos de ahorrador en distintas clases de activos, para así maximizar la rentabilidad y, de paso, minimizar el riesgo.

»Pero por ahora, sigamos con la idea de comprar y mantener bitcoins a largo plazo. La clave en este punto es que la razón por la que estoy relativamente seguro de que se puede ganar dinero con esta estrategia es porque se plantea a largo plazo. Ahí es donde reside todo el poder de este enfoque. En cambio, si me preguntaran hacia dónde creo que se dirigirá Bitcoin en las próximas semanas o en los próximos doce meses, os mentiría completamente si os dijera que lo sé. No lo sé. Nadie lo sabe, o no con certeza; y quien diga lo contrario no es más que un puñetero mentiroso. Pero, a largo plazo, y me refiero a muy largo plazo, creo que Bitcoin seguirá subiendo. Y hay una buena razón para ello.

»Veréis, en el corto plazo, hay todo tipo de sucesos aleatorios que pueden afectar al precio de Bitcoin, el valor de los bitcoins, y, francamente, no hay forma de predecir ninguno de ellos. Hablo de cosas como que Elon Musk se despierte un día en el lado equivocado de la cama y descubra que odia Bitcoin, que el presidente Xi de China decida suspender la cotización de la criptomoneda porque considere que no se adapta a su agenda política, que un grupo de tiburones financieros deshagan todas sus inversiones en Bitcoin para hundir su precio y recomprar más barato con ánimo de hacer fortuna, que la Reserva Federal eleve los tipos de interés o ajuste la oferta monetaria para tratar de combatir una inflación que ya ha empezado a dispararse...

»Sé que estáis acostumbrados a la inflación de dos dígitos en Argentina, pero en Estados Unidos no hay absolutamente ninguna manera de que la Reserva Federal pueda permitir que los precios sigan como han estado en los últimos años. Tendrán que hacer algo para controlarlo, y eso no será bueno para Bitcoin ni para el mercado de valores, al menos en el corto plazo.

»De todos modos, mi punto de vista al respecto es que, si bien este tipo de eventos aleatorios pueden tener un gran impacto en la cotización de Bitcoin a corto plazo, prácticamente no tendrán ningún efecto en el precio de la criptomoneda en el largo plazo. Y, dado que no tengo forma de predecir cualquiera de los eventos relevantes a corto plazo, me parece evidente que invertir en Bitcoin a corto plazo es total y absolutamente un juego de azar.

»Sin embargo, por otro lado, invertir en bitcoins a largo plazo es una historia completamente diferente, porque ahora los fundamentos entran en juego. Puedes observar de cerca todas las cosas que hacen que Bitcoin sea potencialmente valioso (como lo escaso que es, los problemas que resuelve y la rapidez con la que nuevas personas comienzan a usarlo), y luego puedes tomar una decisión informada sobre lo que crees que realmente vale, en comparación con su precio de mercado actual.

»Uno se pregunta si Bitcoin está infravalorado o sobrevalorado. Si uno cree que está infravalorado, entonces querrá comprarlo, ¿verdad? Al fin y al cabo, eso significa que nos haremos con el mismo a un precio más económico. En cambio, si uno cree que Bitcoin está sobrevalorado, probablemente querrá ir en la dirección contraria. ¿Por qué pagar de más por algo?³

»Tal vez yo esté loco, pero actuar a largo plazo me parece una forma mucho más inteligente de invertir el dinero que tanto nos cuesta ganar a todos. No es fácil medir los tiempos del mercado en el corto plazo, y menos aún lidiar con factores como el estado de ánimo de Elon Musk o el desayuno del presidente Xi. Por eso, una cosa es invertir y, la otra, especular o apostar.

»Entonces, con eso en mente, si yo te preguntara, Fernando,

3. Profundizaré en la cuestión de la «valoración» en los siguientes capítulos del libro, así que permanece atento...

por qué crees que he invertido en Bitcoin en este momento, deberías poder responderme sencillamente, porque mi tesis no es compleja: creo que, en comparación con su valor futuro, el presente está infravalorado, de modo que el recorrido permitirá una subida, pero siempre que mantengamos la posición a muy largo plazo Y, Gordita, si te pregunto cuándo crees que voy a liquidar mi posición en bitcoins, deberías poder darme tu respuesta con idéntica rapidez. Como he dicho, no venderé pronto. He invertido a largo plazo, durante al menos cinco años y, probablemente, más.

»Ahora bien, ¿puede Bitcoin bajar sustancialmente en los próximos doce meses? Absolutamente. De hecho, si la historia pasada sirve de indicación, probablemente será así. Bitcoin sufre fuertes caídas durante los llamados “inviernos” de las criptomonedas; pero eso no me preocupa en absoluto. Para mí, todo eso es ruido. Si compré como una opción a muy largo plazo, me adhiero a esa estrategia y no la abandono por fluctuaciones a corto plazo. ¿Tiene sentido lo que digo, Cristina? —concluí.

—¡Absolutamente! Tiene mucho sentido —asintió mi esposa.

—¿Puedes explicárselo? —le pedí.

Así que Cristina se puso en marcha, con fluidez, elegancia y con notable facilidad, teniendo en cuenta que dos años atrás no hablaba ni una sola palabra de inglés. Mi primer consejo de inversión llegó de esta forma a Fernando y a Gordita. Fue un consejo sensato y lógico, basado en principios de inversión bien probados y alejado del rumbo kamikaze que mi cuñado había seguido con su cartera

Pero éste fue solamente el comienzo.

De lo único que habíamos hablado hasta ese momento era de una estrategia básica para invertir en Bitcoin. Ni siquiera habíamos tocado todavía el mercado de valores, que es donde debería estar depositada buena parte de su cartera de inversiones. Para tal fin, tenía una estrategia en mente tan particular, tan poderosa y tan fácil de aprender que, con una rápida explicación, Fernando y Gordita entenderían cómo deberían proceder para poder invertir consistentemente y de una manera mejor que el 99 por ciento de los inversores.

Para ellos, adquirir ese poder podía cambiarles la vida.

Así fue que, en el transcurso de la velada, les brindé a Fernando y a Gordita una fórmula paso a paso con la que construir una cartera de inversión de clase mundial capaz de maximizar rentabilidades y minimizar riesgos, y protegería de forma efectiva sus ahorros del monstruo de dos cabezas con el que lidia Argentina: a saber, una inflación galopante y una concatenación de devaluaciones monetarias desenfrenadas.

Hablé de todo, desde cómo identificar rápidamente cuáles son las mejores acciones disponibles en la Bolsa de Nueva York y el Nasdaq tecnológico hasta cómo moldear esas posiciones sin esfuerzo para construir una cartera de máximo nivel, capaz de actualizarse automáticamente cada vez que pudiese fracasar alguna de las empresas rastreadas.

La mía era una perspectiva diferente a todo lo que habían visto, oído o leído antes. En resumen, les mostré cómo actúan los profesionales de Wall Street, pero también cómo lidiar con las comisiones, los honorarios de gestión o las primas o bonos por rendimiento, que imponen costes obscenamente elevados a aquellos inversores que no están totalmente informados del manual de estrategias que manejan los expertos. Por esa vía, a menudo vemos cómo muchos inversores que no han tomado malas decisiones ven cómo sus ganancias se ven parcialmente canibalizadas, en lo que en última instancia supone un robo de una fracción a veces importante de la riqueza conseguida.

De hecho, a medida que avanzaba la noche, comencé a sentirme como un mago retirado que estaba rompiendo la regla más importante de mi antigua industria: nunca reveles los secretos de nuestros trucos más valiosos. Eso era precisamente lo que yo estaba haciendo en Buenos Aires.

Mis consejos estaban levantando el telón y exhibiendo lo que hay detrás de la industria de servicios financieros. Estaba exponiendo el secreto de su mayor truco de magia: la cruda realidad de que las estrategias de inversión más efectivas de todas son fáciles de aprender y simples de implementar, hasta el punto de que es posible minimizar de forma significativa la intermediación de Wall Street y ahorrarse de tal manera sus honorarios, comisiones y ridículas primas por rendimiento.

Todo lo que necesita el inversor corriente es acceder a una versión decodificada de su manual de estrategias.

Lo que te ofrezco en las siguientes páginas es precisamente eso.

Una versión decodificada del manual de estrategias que Wall Street ha mantenido al margen de los inversores comunes (los del llamado «Main Street») a lo largo de los últimos 60 años. Es un manual de consejos de los que he tenido conocimiento durante casi toda mi vida adulta y del que abusé mucho en mis primeros años en Wall Street. Lo usé para ganar grandes sumas de dinero para mí y en detrimento de otras personas, algo de lo que no estoy orgulloso y por lo que he dedicado muchos años a compensar el daño causado. Y lo uso ahora para llegar a decenas de millones de personas de todo el mundo para que puedan vivir vidas más felices, más ricas y con más poder financiero. A ellas les enseño el arte de las ventas y la persuasión y la forma de ser más eficaces en sus negocios y empresas.

Pero este libro nos lleva a un nivel completamente nuevo. Ésta es una llave con la que cada uno de nosotros puede construir su propio reino financiero; y yo te entrego esa llave en bandeja de plata.

A lo que me refiero aquí es al hecho de que he dedicado más de tres años a escribir un libro cuyas estrategias conozco tan bien y de forma tan innata que, sin duda, podría haberlo rematado en apenas una semana. El único problema fue que este tema tiende a aburrir a la gente, así que tuve que encontrar la forma de evitar todo el aburrimiento y el tedio comúnmente provocados por estas cuestiones. Así pues, he escrito este libro con la esperanza de que tú, querido lector, puedas mantener el interés hasta el final. Sabía que, de lo contrario, no te estaría haciendo ningún favor.

Así fue como comenzó un minucioso proceso consistente en decodificar el manual de estrategia de Wall Street de una manera que resulte divertida de leer, fácil de seguir e incluso sencilla de implementar. También he escrito con el anhelo de que, de vez en cuando, te puedas reír a carcajadas y tengas la oportunidad de decirte a ti mismo: «¡No puedo creer que haya dicho eso!».

Para aquellos lectores que son inversores aficionados, o que se están planteando comenzar, este libro cambiará totalmente las reglas del juego. Les mostrará cómo utilizar el dinero que tanto les ha costado ganar e invertirlo de una manera segura, construyendo con rapidez una cartera de acciones de primer nivel que superará consistentemente los resultados del 95 por ciento de gestoras, fondos de inversión o fondos de cobertura (*hedge funds*).

Y para aquellos lectores que son inversores más experimentados y quizá cuentan ya con un sólido historial de éxito comprobado, creo que este libro sigue siendo igualmente valioso. No sólo les mostrará precisamente por qué sus estrategias de inversión han tenido éxito, sino que también les servirá como un poderoso recordatorio para mantener el rumbo y no dejarse engañar por el último consejo bursátil que puedan escuchar de cualquier viejo amigo, tertuliano parlanchín de CNBC, compañero de trabajo amigo de charlar junto a la máquina dispensadora de agua de la oficina o charlatán ególatra dedicado a hablar de inversión en TikTok o Instagram.

Además, a pesar del éxito pasado que uno haya conseguido en el mercado, lo cierto es que, dependiendo de quién haya asesorado a dicho inversor, cabe una posibilidad muy cierta de que parte de las ganancias obtenidas estén siendo canibalizadas de forma innecesaria a través de honorarios, comisiones y primas de desempeño totalmente infladas. Este libro te mostrará cómo eliminar la gran mayoría de esos costes, asegurando que las ganancias vayan a tu bolsillo y no a la cuenta de las empresas de Wall Street.

Por último, si eres una de esas personas ultraconservadoras que no invierten en el mercado (tal vez porque desprecias Wall Street y a los bastardos codiciosos que trabajan allí), entonces, créeme cuando digo que este libro también puede ser muy valioso para ti. Para empezar, está diseñado específicamente para enseñarte cómo vencer a Wall Street en su propio juego, extrayendo la parte justa del valor que ellos crean y evitando que, al final, te roben la mayor parte de esas ganancias.

Wall Street cumple con un papel vital y necesario para el fun-

cionamiento adecuado de la economía mundial y crea un valor enorme en el proceso. El problema es que también ha desarrollado silenciosamente un monstruoso gigante chupasangre que permea todo el sistema financiero global y sabe extraer unos sueldos y comisiones excesivos. Esa degeneración también ha terminado por crear un caos financiero general.

El término que he acuñado para describir a ese monstruo gigante chupasangre es el de *Complejo de Máquinas Comisionistas de Wall Street*. Profundizaré en ello con más detalle en los siguientes capítulos, y te mostraré una manera simple y muy efectiva de lidiar con seguridad ante estas circunstancias.

Pero, por ahora, la conclusión crucial que puedes sacar es que no importa dónde vivas, cuántos años tengas, cuánto dinero ganes, a qué te dediques o cuánto dinero tengas actualmente en el banco o guardado debajo del colchón. Uno de los aspectos más integrales derivados de vivir una vida financieramente empoderadora es el de poder coger el dinero que has ahorrado a base de trabajo duro y frugalidad y ponerlo a trabajar para ti de una manera segura y que, al menos, te proteja de riesgos como los efectos de la inflación y la devaluación de la moneda. Al mismo tiempo, esto te puede ayudar a crecer económicamente de forma cuidadosa.

Este libro te encaminará hacia la construcción de una cartera bien equilibrada que te permitirá jubilarte un día con orgullo y con dignidad. De esa forma, podrás alcanzar la libertad financiera para hacer lo que quieras, cuando quieras, con quien quieras, como quieras y tanto como quieras.

Eso es lo que realmente deseo para ti.